



tes de llegar á romper claramente, envió por todas partes reyes de armas, para pedir en su nombre la tierra y el agua: esta era la fórmula que usaban los Persas para exigir el tributo de las naciones. La mayor parte de las islas y de los pueblos del continente le ofrecieron sin detenerse: los Atenienses y los Lacedemonios, no solamente le negaron, sino que con una violacion manifiesta del derecho de gentes, arrojaron á los embajadores del rey en una fosa profunda. Los primeros llegaron mas allá con su indignacion: condenaron á muerte al intérprete que habia manchado la lengua griega explicando las órdenes de un bárbaro.

A esta novedad, Dario puso al frente de sus tropas á un medo, llamado Datis, que tenia mas experiencia que Mardonio: le dió orden de destruir las ciudades de Atenas y de Eretria, y de traerle los habitantes cargados de cadenas.

BATALLA DE MARATON.

Luego se juntó el ejército en una llanura de Cilicia, de donde seiscientos bajeles le trasportaron á la isla de Eubea. La ciudad de Eretria, despues de haberse defendido vigorosamente seis dias, fué tomada por traicion de algunos ciudadanos que tenian crédito sobre el

pueblo. Los templos fueron arrasados, los habitantes puestos en cadenas; y la flota, habiendo aportado inmediatamente á las costas de la Atica, echó en tierra, cerca del lugar de Maraton, distante de Atenas como ciento y cuarenta estadios *, cien mil hombres de infantería, y diez mil de caballería. Camparon en una llanura, bañada al este por el mar, cercada de montañas por los demas lados, y que tenia cerca de doscientos estadios de circunferencia**.

Entre tanto Atenas estaba llena de consternacion y de espanto. Habia implorado el socorro de los demas pueblos de la Grecia. Unos se habian sometido á Dario; otros temblaban al solo nombre de Medos ó Persas; los Lacedemonios solos prometieron tropas; pero diversas circunstancias impidieron su pronta reunion con las de los Atenienses.

Quedaban pues estos abandonados á sus propias fuerzas. ¿Y cómo, con algunos soldados levantados precipitadamente, se atreveria á resistir á una potencia, que en el espacio de medio siglo habia derribado los imperios mas grandes del mundo? ¿Aun cuando á costa de perder sus mejores ciudadanos, y sus mas va-

* Cerca de seis leguas.

** Cerca de siete leguas y media.

lientes guerreros, aspirase al honor de disputar la victoria por algun tiempo, no se verian salir de las costas de Asia, y del fondo de la Persia ejércitos aun mas temibles que el primero? Los Griegos han irritado á Dario; y añadiendo el ultraje á la ofensa, no le han dejado otra eleccion que la de la venganza, la de la deshonra, ó la del perdon. ¿El homenaje que él exige lleva consigo una servidumbre vergonzosa? ¿Las colonias griegas establecidas en sus Estados, no han conservado sus leyes, su culto y sus posesiones? ¿Despues de su rebelion no las ha obligado con las mas sábias disposiciones á unirse entre sí, y á ser felices á pesar suyo? ¿Y Mardonio mismo no habia establecido últimamente la democracia en las ciudades de la Jonia?

Estas reflexiones, que empeñaron á la mayor parte de los pueblos de la Grecia á declararse por los Persas, se equilibraban en el espíritu de los Atenienses, por temores no menos fundados. El general de Dario les presentaba con una mano las cadenas con que debia esclavizarlos, y con la otra aquel Hippias, cuyas sollicitudes é intrigas habian por fin traído los Persas á los campos de Maraton. Era preciso pues sufrir la horrible desgracia de ser arrastrados á los pies de Dario como viles esclavos, ó la infelicidad mucho mayor todavia, de ge-

mir nuevamente bajo las crueldades de un tirano, que no respiraba mas que venganza. En esta alternativa apenas deliberaron, y resolvieron perecer con las armas en la mano.

Por fortuna se dejaron ver entonces tres hombres destinados á dar un nuevo remonte á las pasiones de la nacion. Eran estos Milciades, Temistocles y Aristides. Su caracter se manifestará por si mismo en la relacion de sus acciones. Milciades habia hecho mucho tiempo la guerra en Tracia, y adquirido una reputacion brillante. Aristides y Temistocles, mas jóvenes que él, habian manifestado desde su infancia una rivalidad que hubiera perdido el Estado, si, en las ocasiones criticas no la hubieran sacrificado al bien público. Para pintar á Aristides basta un rasgo: fué el ateniense mas justo y mas virtuoso. Para expresar el talento, los recursos, las miras de Temistocles serian necesarios muchos: amó su patria, pero amó la gloria aun mas que su patria misma.

El ejemplo de estos tres ilustres ciudadanos, junto con sus reflexiones, acabaron de inflamar los espíritus. Se hicieron levas. Las diez tribus dieron á mil hombres de á pie, con un general á su frente; siendo necesario alistar esclavos para completar su número. Juntas estas tropas salieron de la ciudad, y bajaron á la llanura de Maraton, adonde los de Platea en Beo-

cia les enviaron un refuerzo de mil infantes.

Apenas estuvieron en presencia del enemigo, cuando Milciades propuso atacarle. Aristides y algunos de los gefes apoyaron fuertemente su propuesta: otros atemorizados por la extrema desproporcion de los ejércitos, querian que se esperase el refuerzo de los Lacedemonios. Divididos así los pareceres, restaba tomar el del polemenco ó gefe de la milicia, á quien se consulta en estas ocasiones, para quitar el empate de votos. Milciades se dirigió á él, y con el ardor de una alma fuertemente penetrada, le dijo: «Atenas se halla en el punto de experimentar la mayor de las vicisitudes. Va á ser, ó la primera potencia de la Grecia, ó el teatro de los furoros de Hippias. De vos solo, ó Calimaco, espera su destino. Si dejamos enfriar el ardor de las tropas, se abatirán vergonzosamente bajo el yugo de los Persas; si las llevamos al combate, estarán por nosotros los dioses y la victoria. Una palabra vuestra va á precipitar vuestra patria en la esclavitud, ó á conservar su libertad.»

Calimaco dió su voto, y se resolvió dar la batalla. Para asegurar el éxito, Aristides y los demas generales á su ejemplo, cedieron á Milciades el honor del mando que cada uno tenia por su turno; pero para ponerlos á ellos al abrigo de los acaecimientos, esperó que lle-

gase el día en que de derecho le tocaba ponerse al frente del ejército.

Luego que llegó, Milciades ordenó sus tropas al pie de una montaña, en un sitio cubierto de árboles, que debían detener la caballería persiana. Los Plateenses fueron colocados en el ala izquierda: Calimaco mandaba la derecha: Aristides y Temistocles estaban en el centro, y Milciades en todo. Un intervalo de ocho estadios * separaba el ejército griego del de los Persas.

A la primera señal los Griegos atravesaron corriendo este espacio. Los Persas, asombrados de un género de ataque tan nuevo para las dos naciones, quedaron inmóviles por un momento; mas luego opusieron al furor impetuoso de sus enemigos, un furor mas tranquilo, pero no menos temible. Despues de algunas horas de combate obstinado, comenzaron las dos alas del ejército griego á fijar la victoria. La derecha dispersó á los enemigos por la llanura; la izquierda les hizo replegar á un pantano que á la vista parecía un prado, en el cual se metieron, y quedaron sepultados. Las dos vuelan al socorro de Aristides y Temistocles, que estaban ya para ceder á la fuerza de las mejores tropas que Datis habia puesto en su centro.

Cerca de setecientas sesenta toesas.

Desde este momento se hizo general la derrota. Los Persas, rechazados por todas partes, no hallan otro asilo que la armada, que se habia acercado á la costa. El vencedor los persigue á sangre y fuego: prende, quema, y echa á pique muchos barcos, y los demas se salvan á fuerza de remos.

El ejército persiano perdió cerca de seis mil y cuatrocientos hombres: el de los Atenienses ciento noventa y dos heroes; pues no hubo uno que no mereciese este día tal nombre. Milciades salió herido: Hippias murió, como tambien Estesileo y Calimaco, dos generales de los Atenienses.

Apenas se habia acabado el combate, cuando un soldado, cansadísimo hasta el extremo, formó el proyecto de llevar á los magistrados de Atenas la primera nueva de este suceso; y sin dejar sus armas, corre, vuela, anuncia la victoria, y cae luego muerto á sus pies.

Sin embargo, esta victoria hubiera sido funesta para Atenas, si no hubiera sido por la actividad de Milciades. Datis, al tiempo de retirarse, concibió la esperanza de sorprender á Atenas, que él creía indefensa; y ya su armada doblaba el cabo de Sunio. Apenas lo supo Milciades, cuando se puso en marcha, y llegó en el mismo día á los muros de la ciudad, desconcertó con su presencia los proyectos del ene-

migo, y le obligó á retirarse á las costas de Asia.

La batalla se dió el dia seis de boedromion, en el tercer año de la olimpiada setenta y dos*. Al dia siguiente llegaron dos mil esparciatas, que habian andado en tres dias y tres noches mil y doscientos estadios**. Aunque sabedores de la fuga de los Persas, continuaron su marcha hasta Maraton, y no temieron ir á ver los lugares donde una nacion rival se habia distinguido con tan grandes hazañas: vieron allí alzadas todavia las tiendas de los Persas, el campo sembrado de muertos, y cubierto de ricos despojos: encontraron allí tambien á Aristides, que con su tribu guardaba los prisioneros y el botin; y no se retiraron, sino despues de haber dado á los vencedores los elogios merecidos.

Nada omitieron los Atenienses para eternizar la memoria de los que murieron en el combate. Se les hicieron honrosas exequias. Se grabaron sus nombres sobre medias columnas, levantadas en la llanura de Maraton. Estos monumentos, sin exceptuar los de los generales Calimaco y Estesileo, son en extremo sencillos. Inmediato á ellos se erigió un trofeo cargado de ar-

* El 29 de setiembre del año 490 antes de J. C.

** Cerca de cuarenta y seis leguas y media.

mas de los Persas. Un artista diestro pintó los pormenores de la batalla en uno de los pórticos mas frecuentados de la ciudad: allí representó á Milciades al frente de los generales, y en el momento de exhortar á las tropas al combate.

Dario se indignó cuando supo la derrota de su ejército. Se temblaba por la suerte de los Eretrienses que Datis llevaba á sus pies. Sin embargo, apenas los vió, cuando la compasion ahogó en su pecho todas las demas pasiones: les distribuyó tierras á corta distancia de Suza; y para vengarse de los Griegos de una manera mas noble y mas digna de su persona, ordenó nuevas levas, é hizo preparativos inmensos.

No tardaron los Atenienses en vengarle ellos mismos. Habian elevado tanto á Milciades, que empezaron á temerle. La envidia representaba, que mientras gobernó en Tracia, habia ejercido todos los derechos de la soberanía: que siendo temido de las naciones extrangeras, y adorado del pueblo de Atenas, era tiempo de estar alerta, tanto sobre sus virtudes, como sobre su gloria. El mal éxito de una expedicion que emprendió contra la isla de Paros, dió un nuevo pretexto al odio de sus enemigos. Se le acusó de haberse dejado corromper por el oro de los Persas; y á pesar de las solicitudes y declama-

ciones de los mas honrados ciudadanos, se le sentenció á ser arrojado en la fosa donde se hacia morir á los malhechores. Habiéndose opuesto el magistrado á la ejecucion de este infame decreto, se conmutó la pena en una multa de cincuenta talentos*; y como no estaba en disposicion de pagarla, se vió al vencedor de Darío espirar entre cadenas, de las heridas que habia recibido en servicio de la patria.

TEMISTOCLES Y ARISTIDES.

No hacen desmayar ni á la ambicion ni á la virtud estos terribles ejemplos de injusticia y de ingratitud de parte de un soberano, ó de una nacion. Semejantes acontecimientos son escollos que se encuentran en la carrerade los honores, como los hay en medio del mar. Temistocles y Aristides tomaban sobre los Atenieses aquel ascendiente que el uno merecia por la diversidad de sus prendas, y el otro por la uniformidad de su conducta enteramente consagrada al bien público. El primero, atormentado dia y noche por la memoria de los trofeos de Milciades, lisonjeaba continuamente con nuevos decretos el orgullo de un pueblo embria-

* Doscientas setenta mil libras.

gado con su victoria: el segundo solamente se ocupaba en mantener las leyes y las costumbres que la habian preparado: los dos opuestos en principios y en proyectos, llenaban la plaza pública con sus divisiones, de tal manera que Aristides, despues de haber logrado ganar un dia, contra toda razon, cierta ventaja sobre su competidor, no pudo menos de decir, que la república perecia, si no se le echaba á él y á Temistocles en una fosa profunda.

Al fin, el talento y la intriga triunfaron de la virtud. Como Aristides se conducia como un árbitro en las discordias de los particulares, la reputacion de su equidad hacia que estuviesen desiertos los tribunales de justicia. La faccion de Temistocles le acusó de que se establecia un realismo tanto mas temible, cuanto que estaba fundado sobre el amor del pueblo, y concluyó con la pena de destierro. Estaban juntas las tribus, y debian dar su voto por escrito. Aristides asistia al juicio. Un ciudadano oscuro sentado junto á él, le suplicó que le escribiese el nombre del acusado en una conchita que le presentó. «¿ Os ha hecho algun mal, respondió Aristides? — No, dijo el incógnito, pero estoy fastidiado de oírle llamar por todas partes el «justo.» Aristides escribió su nombre, fué condenado, y salió de la ciudad deseando felicidades á su patria.